

A falta de papeles

Dr. Omar López Mato



No siempre los demás tienen toda la culpa de lo que nos pasa en esta vida, mal que le pese a nuestro ego, al “ello” y al “súper yo”. Pecamos de pensamiento, de palabra, de obra y de omisión. Con tantas opciones de desliz, lo usual es que alguna macanita hagamos en el camino. Siempre es un buen ejercicio valorar nuestros errores por más mínimos que sean; si no veamos lo que nos pasa con los pacientes que sufren retinosis pigmentaria, enfermedad fácil de reconocer ya que su imagen ilustra todos los manuales de grado.

Escuchamos los testimonios de nuestros pacientes, les tomamos la agudeza visual y al mirarles el fondo de ojo ¡Bingo! Observamos las famosas espículas semejantes a osteoclastas (definición más técnicamente médica imposible). Con aires de solemnidad le comunicamos al señor o a la señora que padece una retinosis pigmentaria y que el hecho de andar a los tumbos durante la noche se llama nictalopía. El pobre diablo no nos entendió ni una palabra, pero ya se imagina que no es nada bueno. Para darse ánimos pregunta “¿y? ¿me va a cambiar los anteojos, no?”. A lo que serios contestamos que no es cuestión de anteojos. Después de algunas otras explicaciones -que el pobre tampoco entiende- decidimos ser breves y ejerciendo nuestra omnipotencia le damos una estocada final: “usted se va a quedar ciego”. Palmadita en el hombro. Caso terminado, vuelva en un año. Que pase el que sigue.

De allí en más comienza la peregrinación del pobrecito, que recibirá de una forma u otra la misma información, campo visual y ERG de por medio. Sus atribuciones aumentarán al saber que es una enfermedad genética, con lo que imaginan una descendencia de cieguitos.

Ante panorama tan desolador recorrerá cuanta clínica, institución, consultorio y sala de primeros auxilios le recomienden. Es entonces cuando, navegando por las procelosas aguas de internet, se topan con las promesas cubanas de pronta curación. Esto, como se imaginarán, es un bálsamo celestial ¡Por fin los resultados de la ciencia del proletariado! Entusiasmados consultan precios, hacen cuentas, rompen el chanchito, piden prestado lo que les falta y ponen proa a Cuba, esperanzados en su curación y en adquirir un envidiable bronceado caribeño.

Sometidos a misteriosos procedimientos quirúrgicos, a largas sesiones de ozono-terapia y contenidos por la amabilidad de los anfitriones que los atienden a cuerpo de rey (porque han abonado regios estipendios) las nieblas que amenazaban su visión parecen diluirse bajo el sol del trópico. Pero todo lo bueno se acaba y vuelven a estas latitudes.

Reinstalados en la gris rutina de sus vidas, pronto las esperanzas comienzan a abandonarlos a medida que las nieblas invaden su campo de visión. “Cuenta dedos a tres metros” dictaminará el oculista local. Exactamente lo mismo que había dicho antes del periplo cubano. Nueva palmadita en el hombro. Que pase el que sigue.

Mientras nuestro sufrido paciente se dirige en penumbras a su casa, piensa en sus días caribeños, cuando estuvo a poquito de ver mejor; recuerda el tibio sol de las mañanas, la amabilidad de los médicos, sus palabras alentadoras y los momentos inolvidables que pasó con una prodigiosa mulatona que colmó todas sus fantasías eróticas adolescentes... Bien valen entonces los dinerillos gastados.

¿Cuál fue nuestro pecado en esta novela caribeña? En primer lugar nuestro desconocimiento sobre las enfermedades raras y más aún, si estas no se operan acumulamos una ignorancia enciclopédica. En segundo lugar la terrible falta de contención. De no crear grupos de apoyo con asistencia psicológica y centros de diagnóstico especializados, nuestros pacientes continuarán optando en irse a las añoradas playas cubanas para gozar de sus encantos.

Dos comentarios finales. La jovencita de Santa Fe que ahorró para ser tratada por su retinosis y que apareció en los diarios porque justo su padre había sido robado, al llegar a Cuba los médicos la vieron “tan bien” que prefirieron no tratarla y ella volvió tal cual a su casa.

Al parecer, las autoridades nacionales están tan encantadas con la eficiencia cubana que piensan enviar a nuestros pacientes con cataratas y pterigión para que sean operados en las doradas playas del Caribe, gracias a los petrodólares venezolanos. Otro éxito de la salud pública argentina, esforzada en formar médicos en cantidades industriales y después mandar a nuestros pacientes afuera para ser operados por quién sabe quién. Una maravilla del realismo mágico sudamericano. Y hablando del tema, me gustaría terminar con una joyita que merecería la pluma de García Márquez y no la del que suscribe.

Cuando unos distinguidos colegas argentinos visitaron el Hospital de La Habana, después de haber recorrido las instalaciones y de haber entrado en confianza con el colega local, le preguntaron por qué no publicaban sus estadísticas ya que tenían resultados tan alentadores con el tratamiento de la retinosis pigmentaria. Por un momento solo se escuchó el lejano murmullo del mar y el aleteo de las gaviotas. Después el colega se apoyó sobre una mesa algo destartalada y al final, luciendo su mejor sonrisa, confesó: “porque no tenemos papel”.